

EL

ECO DE CARTAGENA.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Cartagena: Liberato Montells y García, Mayor 24, Madrid y Provincias, corresponsales de la casa de Salvadrá.

SEGUNDA ÉPOCA.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cartagena un mes 8 rs.—Trimestre 24.—Fuera de ella, trimestre 30.—Números sueltos un real.

Sábado 24 de Junio.

El Eco de Cartagena

El Pilar de Zaragoza.

Otra tarde apacible del mes de octubre de 1872 nos dirigimos mi amigo y yo a la llamada casa blanca, edificio situado a la orilla del canal imperial. Después de pasar el cuartel de artillería, construido de nueva planta sobre las ruinas del antiguo convento del Carmen, derribado por los franceses en 1808, a últimos por la acribillada puerta del mismo nombre, tomamos una ancha carretera sombreada por robustos álamos, y dejando a un lado otra ruina francesa, el ante-convento de capuchinos hoy bonito cuartel, llegamos al cabo de un buen rato, a la orilla del canal y a la casa blanca, término de nuestro paseo.

Tanto a mi amigo como a mí nos entusiasmaban sobre manera los magisterios monumentos del arte en todas sus manifestaciones, los admirables espectáculos de la naturaleza y sobre todo, las grandes obras en que brilla el genio del hombre en todo su esplendor. Algo fatigados de nuestro largo paseo, y luego de pasar un puente de piedra de un solo arco, nos sentamos en una de las gradas de una escalera próxima a un molino. Contemplábamos desde allí tres copiosas caídas de agua del mismo canal, las cuales, saliendo oprimida por entre fuertes compuertas y en gradación de mayor a menor, se lanzaban con atronador estrépito sobre escalones de piedra, formando espumosas cascadas. El choque de las aguas sobre la piedra hacía levantar blancos y transparentes vapores, que, a través de los débiles rayos del sol que se ocultaba, parecían arenas de cristal o polvo de nscarinas perlas.

A nuestra izquierda veíamos las tres esclusas, que salvaban por grandes escalones el desnivel del terreno por cada una de cuyas dobles y robustas puertas, tres ventanillas da-

ban salida a otros tantos chorros de agua comprimida, y que formaban al caer sencillos y elegantes juegos: a nuestra derecha había otro puente de piedra de un arco y altos olmos verdes resguardaban la carretera de los rayos del sol: tras de nosotros y agua arriba, se destacaban sobre las orillas del canal llorones, sauces y álamos de hoja verde y blanca: en frente de nosotros, corriente abajo, elevados chopos y blancos álamos daban apacible sombra, y se reflejaban sobre sus turbias aguas. El genio del canónigo aragonés Pignatelli, director de las obras del canal brillaba allí en todo su esplendor, y justificaba la gratitud de los zaragozanos, que le han erigido hace pocos años una estatua de bronce en el paseo llamado de Santa Engracia.

—¿No te parece, dijo mi amigo, estasiado como yo ante aquel magnífico panorama que podemos, descansar y charlar un rato al compás del monótono murmullo de estas espumosas cascadas?

—Me parece bien, le contesté; pero de que vamos a hablar esta tarde?

—¿De que vamos a hablar, me replicó? Del pilar de jaspe sobre que descansa la efigie de la Virgen que adoramos en nuestra magnífica capilla. Dejando aparte lo que pueda tener de divina, ¿cómo te explicas, hablando humanamente, la formación de ese jaspeado pilar?

—¡Ay, amigo mío! me pides una explicación que no te puedo dar. Dime ¿se ha podido explicar hasta ahora como se forman esas innumerables verdes hojas de que se cubren los árboles en la primavera, esas elegantes y aromáticas flores que enriquetan los campos con infinitas variedades, esos aterciopelados y aromáticos frutos que embelesan nuestros ojos, embriagan nuestro olfato, y sostienen la vida de todos los seres animados? Todo eso, te dirán ciertos químicos naturalistas, no es otra cosa mas que condensación y disgregación incesante de ese tumultuoso torbellino de átomos sin principio ni fin, que se agitan, se atraen y se repelen en la inmensidad de ese Océano etéreo que impropia-

llamamos cielo, sembrando con su continuo movimiento la luz, el calor y la vida por todas partes.

—Mi amigo me miró y se sonrió.

—Todo esto te dirán, añadió; pero podrán decirte porqué tales átomos se atraen y tales otros se repelen, porqué su condensación toma estas ó las otras formas, estos ó los otros colores; por qué la vida que dá el hombre a sus obras es tan pobre, tan imitativa; y tan rica, tan original tan infinitamente variada la que la naturaleza concede a las suyas?

—¿Y que me dices, exclamó mi amigo, del misterioso y admirable fenómeno de la reproducción de las especies?

—No lo olvido, le repliqué y a él voy a parar. Un paroxismo de amor en el hombre, y de sensualidad en los irracionales produce el embrión de todos los seres, embrión que se va acrecentando durante cierto tiempo y tomando lentamente las formas de sus progenitores. ¿Influye la imaginación, como pretenden médicos ilustres, en la determinación de las formas? No lo sabemos: lo que si te diré es, que si un paroxismo de amor ó de sensualidad dá vida y forma a los seres animados, y porqué un paroxismo de fé y de entusiasmo no ha podido producir una jaspeada columna?

—Es verdad, repuso mi amigo, para no querer ó no poder explicarlo, no te explicas mal.

—Oye, añadió, la célebre escritora Mma. Staël en una de sus obras mas admirables ha dicho que los alemanes atribuyen a las fuerzas físicas cierta originalidad individual, y por otra parte parecen admitir en su manera de presentar algunos fenómenos de determinada clase, que la voluntad del hombre ejerce una influencia muy grande sobre la materia y especialmente sobre los metales. Un amigo mío de Madrid, persona muy seria y muy formal, me ha asegurado que él ha tenido ocasión de comprobar repetidas veces experimentalmente esa influencia extraordinaria de la voluntad del hombre sobre los metales.

—Algo oscuro estás; pero te comprendo algo.

—Para terminar continúe diciendo: piensa en los sorprendentes fenómenos del vapor, de la electricidad, de la fotografía, secretos arrojados a la naturaleza, puede decirse desde ayer, y después de meditar sobre ellos, conveendrás conmigo, en que, hablando humanamente, bien se puede admitir que ese jaspeado pilar, que nosotros adoramos, ha sido formado en esa atmósfera etérea, que llamamos cielo y que en un éxtasis de fé, el apóstol Santiago consiguió hacerlo descender sobre nuestra amada tierra de Zaragoza.

El Sol había huido de nuestro horizonte, el crepúsculo vespertino se desvanecía por instantes, las sombras de la noche empezaban a dibujarse, nos levantamos de nuestros asientos, y regresamos silenciosos a la ciudad.

MANUEL MARCO.

Miscelánea.

Inglaterra recibe anualmente 540 toneladas de marfil, de las que se consumen en el interior 350. Sólo los fabricantes de cachillos de Sheffield emplean al año 200 por término medio.

Tan envidiable cantidad de marfil supone una gran matanza de elefantes. En efecto, se calculan en 5.000 los animales de esta clase que necesitan matarse todos los años para surtir los mercados ingleses. Calcúlense los que tienen que morir para proveer al consumo de marfil en todo el globo.

El peso de los colmillos varía desde una a 165 libras; el término medio es de 38 libras. Su precio es de 56 a 67 rs. el kilogramo, según calidad.

Bombay y Zanzibar exportan anualmente 160 toneladas de marfil, Alejandría y Malta, 180; la costa occidental de África 20, el Cabo de Buena Esperanza 50, y Mozambique 14.

Bombay recibe este producto de todas las regiones meridionales de